

dre Arturo O'Leary, el cual llenaba las funciones de su ministerio en una capilla en Cork, cuando publicó su escrito en favor del juramento y dirigió una esposicion á los católicos, exhortándolos á permanecer adictos al gobierno, que estaba temiendo á la sazón la presencia de las flotas combinadas de la Francia y de la España en la Mancha, por cuanto podian acarrear algunos movimientos en la isla. En los disturbios que acaecieron en 1784 en el condado de Cork tambien elevó su voz O'Leary, recomendando el orden y la sumision. Esforzóse á la par el lord católico Kemmare en reprimir estos desórdenes, los cuales no se debe de ningun modo imputar solamente á los católicos, cuando no respetaron los malcontentos en muchos parages á los de esta religion, y perpetraron violencias contra sacerdotes y religiosos, segun consta en las cartas de dos prelados católicos, el doctor Butler, arzobispo de Cashell, y el lord Dumboyne, obispo de Cork. Por los años siguientes, pareció confirmarse el gobierno en su sistema de moderacion y tolerancia. En 1793, concedió á los católicos irlandeses el derecho de votacion en las elecciones con la restriccion, empero, de que no pudiesen ser elegidos para el parlamento, ni ocupar los mas altos destinos. En 1795, se nombró lord teniente de Irlanda al conde Fitz-Williams y llegó á Dublin, revestido, segun su relacion, de los poderes mas latos para satisfacer todas las demandas de los católicos. Publicado este anuncio con gran

ruido, aumentó prodigiosamente sus esperanzas; mas de repente llama el gobierno á Fitz-Williams, y cuanto mas se habian lisonjeado de su venida los católicos, tanto mas se resintieron de este golpe inesperado. Por lo que parece que la fermentacion data de ésta epoca haciéndose mas viva cada dia. Todo contribuia á exasperar los ánimos, y en especial la revolucion de Francia que formaba el pasto de todas las conversaciones. Vista en lontananza, habia esta seducido á ciertos hombres mas ardientes que reflexivos; no se queria ver sino la face bella de los principios que la habian dirigido, y se persuadian que campeaba mucha exageracion y falsedad en lo que circulaba acerca de los horrores y excesos que fueron su consecuencia. De aquí es que se formó tambien un partido de republicanos en Irlanda, del mismo modo que se habia formado en otras naciones de Europa. Apercibidos estaban á asociarse á este partido los ambiciosos, los que no tenian nada que perder, aquellos en fin que no podian menos de sacar partido de una revuelta. Procuróse mas que nunca atraerse á los católicos, dándose aires de sostener sus derechos. Y no fué precisamente porque se interesasen mucho en esta causa los promotores de una revolucion; pues menos los ocupaba la religion que la política, y lo que habia acontecido en Francia patentizaba sobradamente que una revolucion verificada con tal modelo no habia de ser seguramente en provecho de la religion. Así pues si se caca-

reaban tanto los derechos de los de Irlanda, no era sino porque tenian necesidad del pueblo para el éxito feliz de sus nuevos proyectos, y porque debian de presentarle algun cebo para que se dejase seducir. Los dos puntos capitales que se creyó mas á propósito para ganarse el pueblo irlandés, fueron la reforma en el nombramiento de los diputados del parlamento y la completa emancipacion de los católicos. Tales fueron los principios reconocidos de la sociedad que se hizo tan famosa con el tiempo, bajo el nombre de *Sociedad de los Irlandeses*, instituida en 1791, y presidida por un directorio compuesto de cinco miembros. Puede ser muy bien que á la sazón no se estendiesen sus miras mas allá de la reforma parlamentaria y de la emancipacion de los católicos. Por otra parte los protestantes no estaban nada tranquilos, y una gran parte de ellos habia mirado de mal ojo las concesiones de 1793. Acostumbrados á verse esclusivos poseedores de sus derechos, no podian disimular su despecho porque los católicos habian recobrado algunos. Temíanse constantemente que estos, ya demasiado numerosos, se alzasen al cabo con la autoridad, se apoderasen de los cargos públicos, y quisiesen al fin entrar de nuevo en posesion de los bienes de que se los habia despojado en sucesivas confiscaciones. De aquí es que se esparció entre ellos la alarma al contemplar las fundadas esperanzas de los católicos, y organizaron *contra-asociaciones*. Siéndoles sumamente grata

todavía la memoria de Guillermo III, á quien miraban como su libertador; tomaron el nombre de *Orange-men* ú *Orangistas*, y enarbolaron con mas entusiasmo que discrecion la bandera de su partido. De esto se siguieron altercados y disputas muy acaloradas, especialmente en el condado de Armagh; y cualquiera que haya podido ser, dice un protestante, el espíritu y conducta de los católicos, parece que el partido contrario no usó en sus procedimientos, ni de mucha prudencia, ni de mucha moderacion. Acusáseles de violencias poco honrosas para su causa, y de un plan formado para arrojar á los católicos del condado y de la provincia. Al principio solo se deseaba desarmarlos; mas bajo este pretesto, el cual era ya una injusticia y una via de hecho, vinieron los Orangistas, como acontece siempre, á otros excesos; pues pegaron fuego á las casas de los católicos, saquearon sus bienes y no perdonaron siquiera á los individuos. Tamaña injusticia provocó otra, y la fuerza se hubo de repeler con la fuerza. Viéndose los católicos atacados, se creyeron con derecho á echar mano de todo para defenderse; uniéronse bajo el nombre de *defenders*, corrieron á las armas á su vez, saquearon las casas de los protestantes y se estrecharon en una liga por medio de un juramento. Enconáronse entrambas partes, y hubo numerosas víctimas en los combates que se empeñaron. Demasiado tarde acudió el gobierno á poner coto á estos desórdenes, presentó un acto contra las reu-

niones sediciosas y los juramentos ilícitos, se prendió y condenó á muchos *defenders*, y á pesar de todas estas medidas no se consiguió sino exasperar mas á los católicos, los cuales se quejaban, y con muchísima razon, de que, mientras que se los castigaba con todo rigor, se dejaba campo libre á sus antagonistas. Decian ademas que aquello era eternizar esa parcialidad que durante tantos siglos habia sido la infelicidad de Irlanda; y en efecto reclamaba la justicia que se reprimiesen todos los excesos, de cualquiera parte que dimanasen. Colocados los católicos entre el partido protestante, que los saqueaba, y el gobierno, que les aplicaba castigos, estrecharon todavía mas sus lazos, y organizaron lo que se ha conocido con el nombre de *sistema militar*. Emisarios de la sociedad de los *Irlandeses-unidos* iban recorriendo las provincias exhortando á los católicos al motin. A mas de los motivos ordinarios de que echaban mano para animarlos, hicieron mérito de otros en los condados, por cuanto hallaron en ellos menos dispuestos los ánimos á la sublevacion. En otras partes no hablaban sino de la reforma parlamentaria y de la emancipacion de los católicos. Mas allí hacian circular el rumor de que los protestantes habian hecho una liga para esterminar á todos los católicos, y que habian jurado empaparse de su sangre. De esta suerte, inflamaban los ánimos ya bastante predispuestos, con lo cual el fuego que hasta entonces se habia limitado en una parte de Irlanda, se

fué propagando lentamente hasta invadir el reino entero. Tal era el estado de cosas por los años de 1795 y 1796. Por los mismos años se estableció una correspondencia entre la sociedad de los *Irlandeses-unidos* y un gobierno extranjero. Mandóse una flota francesa á Irlanda, y durante el corto tiempo que estuvo frente las costas del pais, no se manifestó en él ningun síntoma de revuelta: al contrario, declaró el lord-teniente de Irlanda que todos los habitantes, sin distincion, habian rivalizado en celo, é hizo una especial alabanza del doctor Moylan, obispo católico de Cork, el cual habia publicado una esposicion para empeñar á los de su comunión á permanecer fieles al gobierno establecido. El católico lord Kenmare habia favorecido con todo su poder á los comandantes del canton, y el conde Ormond habia solicitado una plaza en la milicia. Mucho distaba de consiguiente que todos los católicos hubiesen tomado parte en los proyectos de los *Irlandeses-unidos*. Desconfiaban los mas ilustrados de las miras de esta sociedad, y ya sospechaban que aspiraba mas á otra cosa que al triunfo de la religion. Confirmáronse estas sospechas, cuando se supo que estaba dicha sociedad en inteligencia con el Directorio francés. ¿Podia, en efecto, imaginarse que protegeria este sinceramente el catolicismo en Irlanda, cuando lo estaba acosando con tanta animosidad en Francia? Cuando desterraba y deportaba á los sacerdotes, cuando suspendia, bajo los mas ligeros pretextos, el ejer-

cicio de la religion, cuando enviaba de destierro en destierro al gefe de la Iglesia, protegiendo al mismo tiempo un culto nuevo y extravagante; ¿podia esperarse que quisiese de buena fe volver á los católicos de Irlanda sus derechos naturales, y que olvidase en su favor el odio que estaba profesando en todas partes á los de esta religion? A pesar de todo, ni aun despues del mal éxito de la expedicion francesa, se desconcertó la sociedad de los *Irlandeses-unidos*, al contrario, se redobló su ardor; el sistema militar siguió con mas ahinco; se organizaron compañías, se nombraron oficiales, y se aliaron mas íntimamente con los franceses. Todos los dias se convertia la isla en teatro de escesos de todo género. Anunciábase el espíritu de venganza de los malcontentos por medio de expediciones nocturnas y asesinatos, y declamaban abiertamente contra el gobierno, el cual parece que les dió de vez en cuando justos motivos de querella, puesto que se cometieron grandes injusticias y se ejercieron violencias y crueldades inescusables. Ora se atribuyan al ministerio inglés, ora á algunos de sus subalternos, lo cierto es que todo aquello contribuyó á exasperar los ánimos, y las revelaciones que se hicieron con respecto de esto en los debates del parlamento de Irlanda tuvieron eco en todo el reino. Mas á estos justos motivos de queja el partido de los *Irlandeses-unidos* asoció los demas medios ordinarios de que echan mano todos los facciosos. Esparciéronse profusamente libelos sediciosos,

se pusieron en circulacion los escritos de Tomas Payne, y su *Edad de la razon* sedujo á muchos hombres crédulos y groseros. De consiguiente, todo contribuia á propagar en Irlanda el germen de la revuelta. Atraíase á los menos religiosos por medio de diatribas contra los sacerdotes, y contra toda creencia en general; en tanto que se embaucaaba á los católicos con el interés que se aparentaba tener por ellos. Halagábase al pueblo con la esperanza de aligerarle de los diezmos; y se ofrecia á los ricos la perspectiva de los empleos. A los que daban muestras de una fuerte adhesion á la constitucion establecida no se les hablaba mas que de la reforma parlamentaria, á otros en fin se les revelaba francamente el proyecto de una conmocion que les habia de acarrear ó influencia ó fortuna; con todo lo cual se ve que se halagaba á un tiempo todas las pasiones. Sin embargo á pesar de ocultarse, el secreto se fué trasluciendo poco á poco, y el 14 de abril de 1797 descubrió el gobierno inglés en Belfast, ciertos papeles que arrojaron alguna luz acerca de la existencia y los proyectos de la sociedad de los *Irlandeses-unidos*. Tomáronse medidas, se distribuyeron tropas; el gobierno se apoderó de los depósitos de armas, y dió tormento á algunos individuos para arrancarles revelaciones. Una proclama del 17 de mayo bosqueja el mas afflictivo cuadro de la situacion de Irlanda, donde se reunian con frecuencia sociedades sediciosas, y estallaban por todas partes levantamien-

tos locales, viéndose los habitantes pacíficos saqueados durante la noche sin pretexto, ó asesinados sin provocacion. Dos veces tentaron, en 1797, producir una revuelta general. A principios de 1798 resolvieron los descontentos ensayar un golpe desesperado. Las sublevaciones nocturnas acaecian con mas frecuencia que nunca; era el terror general, y los pacíficos habitantes se apresuraban en abandonar los campos para refugiarse en las ciudades. En vista de esto el gobierno redobló su actividad, suprimiéronse los periódicos que la sociedad alimentaba, y se puso presos á muchos miembros del directorio irlandés. Los descontentos nombraron otro directorio, el cual corrió la propia suerte que el primero; y con motivo de esta medida tentaron arriesgar un movimiento general, cuyos indicios anunciaban su realizacion para el 23 de mayo de 1798. Debía de estallar la insurreccion en Dublin, y manifestarse al mismo tiempo en Cork y en algunas otras partes. Súpolo el gobierno inglés y conjuró la ejecucion de este plan. Desbaratados los *Irlandeses-unidos* en la capital, donde ya no se hallaban en estado de emprender nada, fueron á vengarse en otras partes, se formaron en varias divisiones y dirigieron todos sus esfuerzos á los condados de Wicklow y de Wexford, al sur de Dublin. En tales circunstancias, sin que se supiese todavía cual iba á ser el éxito de la insurreccion, manifestaron los principales católicos de Irlanda, con toda publicidad, su adhesion al orden estable-

cido. Los obispos de esta comunión, los lores, los baronets y otros miembros distinguidos de la misma creencia firmaron una esposicion dirigida á los de sus correligionarios que habian tomado parte en la revuelta. Representábanles que no podian faltar sin crimen, á la fidelidad debida á su soberano, que la religion, á la cual se honraban en pertenecer, reprobaba esta violacion de sus juramentos, y que su propio interés debía conducirlos cuanto antes á una completa sumision. *Si se trata de la religion ó de la causa de la fe católica*, les decian, *¿ á quien puede ser mas patente y mas querida dicha causa, á hombres sin esperiencia, sin instruccion, perdidos y desesperados, ó bien á los principales miembros de esta comunión, á los obispos, á los gefes de las antiguas familias, á aquellos que despues de muchos siglos resisten á todas las seducciones para no abandonar su fe?* Hacíanles al par advertir que, la caida del clero y la destruccion de la religion se seguirian inmediatamente al éxito de sus esfuerzos, y que en cuanto á ellos, decididos á sostenerse ó perecer con el gobierno establecido, querian salvar sus nombres y la religion que profesaban del oprobio que recaeria sobre ellos y ella, como pareciese que adherian á una defeccion tan culpable y tan contraria al espíritu del cristianismo. Esta esposicion, la cual tenemos á la vista, iba firmada por cuatro obispos de Irlanda, veinte y dos obispos, muchos lores y otra clase de personages. Por lo tanto en

vez de participar de las ilusiones y extravíos de sus compatriotas, estos gefes de la Iglesia y de la nobleza hacian honor á su creencia, permaneciendo adictos al orden establecido. No cabe la menor duda de lo mucho que sirviera este paso para volver en sí á muchos católicos extraviados. Con todo, apoderáronse los insurreccionados de la ciudad de Wexford, la cual ocuparon por espacio de tres semanas, cometiendo en ella muchas atrocidades. Los mismos escritores protestantes alegan con encomios la conducta del clero católico de Wexford en semejantes circunstancias. El doctor Caulfield, obispo de Leighlin y Ferns, el padre Curran, el padre Bore, y todos los sacerdotes y religiosos de la ciudad no se valieron de su ascendiente sino para conjurar los escesos á que se siente siempre inclinado el pueblo en los azares de un movimiento, tanto mas difíciles de contener, quanto no habia entre los sublevados ningun lazo ni freno de disciplina. Tan dignos sacerdotes iban escitando á los amotinados siempre que se presentaba la ocasion, á fin de que concediesen cuartel á los prisioneros, y no sobrecargasen su conciencia con el crimen de haber derramado la sangre de sus hermanos; exhortaciones é instancias que no siempre hallaron eco en medio del tumulto de las armas y de los furoros de los partidos. Igualmente puede creerse que los gefes, por indiferentes que se sintiesen en materias de religion, y por lo que toca á sus establecimientos, no dejaron de servirse del pretesto

de la diferencia de cultos para autorizar la mortandad y satisfacer sus venganzas. Seguramente pensarían que consintiendo á sus tropas la ejecucion de todo género de escesos, los encadenarian mas á su partido y los privarian de toda esperanza de perdon. No seria justo disimular aquí que hay una acusacion contra algunos sacerdotes de Irlanda, sobre no haber guardado una conducta tan recomendable como el clero de Wexford. Las fuentes donde hemos bebido para la relacion de estos hechos, nombran un sacerdote, llamado Eduardo Murphy, cuyas fanáticas exhortaciones no han contribuido poco, segun se dice, á exaltar los ánimos. Por lo que toca á la masa del clero, ninguna parte tuvo en tamaños escesos. Poco tiempo pudieron resistir los rebeldes á los ataques de tropas disciplinadas, pues, á 21 de junio fueron completamente derrotados los de Wexford, y á 12 del propio mes sufrió igual suerte otra faccion que se habia formado en el norte. El oeste del isla permaneció tranquilo. El 20 de junio llegó á Dublin, en calidad de nuevo lugar-teniente, el marqués Cornwallis, anunciando medidas de moderacion y prometiendo un indulto de todo lo pasado. Cesaron á su llegada las leyes militares y las ejecuciones; y este sistema reportó los mas saludables resultados. Muchos gefes confesaron sus proyectos y reconocieron, entre otros, que no se habian propuesto nada menos que dividir la Irlanda y la Inglaterra, y formar una república democrática, donde no se